N655
R42

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Queda asegurada la propiedad y hecho el depósito conforme á la ley.

I

Tuvieron los pueblos indígenas que habitaron diversas regiones de lo que en un tiempo se llamó Nueva España un arte especial, como hecha ya la conquista apareció otro, debido á la nueva civilización en el propio territorio implantada. Mutilados ó ruinosos como la mayor parte de las obras de remota fecha, aún quedan en pie no escasos monumentos de las antiguas razas, en los cuales, si se advierte que nacieron al impulso de la necesidad, se notan al propio tiempo valientes rasgos de belleza. Y si hasta hoy más particularmente han servido de estudio al arqueólogo y al historiador, por igual piden que fije en ellos su atención el artista. En edificios, bajos relieves y útiles de diversas clases de la vida pública y privada aparecen en ocasiones formas tan excelentes, que no obstante haber pertenecido á pueblos que se señalaron por su buena organización civil y política, sus conocimientos astronómicos y sus principios morales, quiérese atribuirlos á otros de más avan-

El presente Ensayo ha sido escrito por indicación del Sr. Director de la Escuela de Bellas Artes, D. Román S. de Lascurain, y con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.

000241

zada cultura. No por eso el arte de los indios ha de reputarse superior ó siquiera de igual condición al que después trajeron los conquistadores, pues entre uno y otro existe la diferencia que entre las civilizaciones de ambos pueblos.

Establecida la nueva colonia, con las creencias, usos y costumbres de los españoles introdujéronse también muy pronto en ella sus artes. Desde el primero de los tres siglos que duró su dominación, vinieron de la Península arquitectos, escultores y pintores, cuyos trabajos se utilizaron en las nuevas ciudades que se edificaban y muy especialmente en la construcción y ornato de los templos. Ayudábanlos en sus labores los naturales y los criollos, á quienes para ello comunicaban sus conocimientos, y de ese modo, á guisa de planta que se traslada de un suelo á otro, el arte prendió, se desarrolló y propagó en el nuevo reino, habiendo aparecido una variante del genuinamente español.

Las artes habían existido en la Península antes del Renacimiento, pero merced á su impulso prepotente adquirieron desarrollo extraordinario sin dejarse dominar por eso, como en otras partes, por el espíritu pagano que diera vida á aquella gran conmoción intelectual. Fué para las artes españolas el Renacimiento más bién que espíritu informador, fuerza impulsiva; puesto que se mostraron constante y poderosamente influídas por el espíritu cristiano. Lo cual quiere decir que en la arquitectura, en la escultura, en la pintura, introdujo el ingenio español modificaciones desconocidas para el arte clásico. Porque dió á la primera al mismo tiempo que más libres y caprichosas propor-

ciones, ornamentación no ya rica sino profusa y hasta superflua, al paso que en las segundas buscó ante todo la expresión, subordinándole la forma.

De tales caracteres participaron las artes domiciliadas en la Nueva España, como derivación que fueron de las de la metrópoli. Reflejo fiel, además, de la sociedad en que se manifestaron, nadie extrañará encontrar en ellas profundamente impreso el sello del catolicismo, como se hallará en todas las manifestaciones de vida de la colonia. Ciencias y letras, leyes y costumbres, todo marchaba por aquella vía.

Puestas, por otra parte, al servicio del culto, forzosamente hubo de aparecer su carácter religioso, que lejos de perjudicarlas favoreciólas no poco, ya por ser la idea religiosa fuente inspiradora de la fantasía, ya porque sin haber estado las artes al servicio de las creencias, apenas se concibe su existencia en una sociedad en vías de formación y necesitada, por lo mismo, más de la rudeza de los campamentos que del primor de los palacios.

No en todas épocas alcanzan el mismo grado de florecimiento ni por igual prosperan las tres artes. Al principio, esto es, durante el siglo XVI su crecimiento fué lento, cual tiene que acontecer con todo lo perteneciente á una sociedad que comienza, y sólo se sostuvieron merced á los maestros venidos de los centros artísticos de España. Mas no bien entrado el siguiente siglo, míranse rodeados de discípulos nacidos muchos en la colonia, á quienes transmiten su saber, y debido á las multiplicadas demandas de obras que unos y otros reciben, la producción aumenta y aparece una

nueva manifestación artística que aunque derivada de los españoles puede ser considerada como indígena.

Durante el siglo XVII es cuando la pintura se ejercita con más brillo y se forman las dos escuelas de México y de Puebla, las que se sostienen aunque decaen en el siguiente siglo.

Por el contrario, para la arquitectura es éste el de su mayor lustre: conclúyense durante él antiguos edificios de larga fecha comenzados, reedifícanse ó se levantan otros, y aparece en casas, palacios é iglesias un estilo en que la simetría es observada con laxitud y la ornamentación se ostenta profusa ó recargada.

La escultura, reducida por largo tiempo á imperfectas estatuas de madera y á toscos bajos relieves de piepiedra, en realidad no adquiere verdadera existencia sino hasta finalizar el pasado siglo con el insigne valenciano, autor de una de las estatuas ecuestres más celebradas; con él también la arquitectura toma corrección, sencillez y proporciones en armonía con el canon clásico.

Habíase á la sazón establecido ya en México un estudio público de arte, la Academia de San Carlos, organizado de modo que en lo sucesivo se pudieran aprender por principios los conocimientos que hasta entonces se habían adquirido por la sola tradición de los maestros, y que si no dió todo el fruto esperado debióse principalmente á las luchas políticas que se desencadenaron desde el año de 10 en adelante.[1]

1 Con ocasión de haber nombrado el Rey en 1778 á D. Jerónimo Antonio Gil grabador de la Casa de Moneda, y de haberle encomendado el establecimiento y dirección de una escuela de grabado, el su-

Aunque esparcidas por varias ciudades algunas obras de arte, sólo en tres se forman y establecen propiamente centros de producción: México, Puebla y Querétaro, adonde se encuentran al propio tiempo las de mayor importancia.

Sin haber llegado, por lo general, las bellas artes en México á la perfección á que se elevaron las españolas, que ni los estímulos y ayuda prestados á las unas son comparables con los que las otras recibieron, no por eso pueden considerarse indignas de estimación y estudio, puesto que en ellas se descubren innegables y no escasas cualidades. Los defectos que se les encuentren no son parte á invalidar sus méritos. De análogos reparos pueden ser objeto las obras literarias de aquel tiempo, y nadie hasta hoy ha negado el valer de la literatura de la época virreinal, durante la cual artes y

perintendente de dicha Casa de Moneda, D. Fernando José Mangino, concibió la idea de que se fundase una academia de las tres nobles artes; á cuyo fin hizo al virrey D. Juan Martínez de Mayorga, el 29 de Agosto de 1781, la consulta respectiva, proponiendo como modelo de la Academia de México la de San Fernando de Madrid, que hacía cuatro años se había inaugurado, y acompañándole los Estatutos de ésta, traídos por Gil á la colonia. El Virrey aceptó el proyecto constituyéndose en protector de la Academia; nombró á Mangino viceprotector, creó una Junta directiva y se abrieron los estudios el 5 de Noviembre de 1781, dándosele al nuevo establecimiento el carácter de Escuela provisional de dibujo, hasta que el Rey Carlos III expidió, *con las más vivas demostraciones de satisfacción y beneplácito*, el decreto de erección de la Academia de Bellas Artes de San Carlos, de 25 de Diciembre de 1783.

Para más pormenores consúltese el erudito discurso de D. Román S. de Lascurain, leído con ocasión de las fiestas del primer centenario de la Academia.

letras alcanzan prosperidad semejante. En nada cede Echave el viejo á Balbuena; sobresalen José Juárez y Arteaga como Sor Juana Inés de la Cruz; son comparables Perusquía ó Tres Guerras á Navarrete; y tan insigne en su línea Ruiz de Alarcón como en la suya Tolsa.

Digno es de nota que hay naciones que sin embargo de ser grande su adelantamiento en ciencias y en industria, no cultivan con el mismo éxito el arte; prueba inequívoca de que es un don precioso tanto más digno de estima cuanto más raramente es otorgado. Y es de ver á este propósito cómo en México desde remota antigüedad se rinde culto á lo bello, apareciendo las manifestaciones de tal culto dotadas de patente de originalidad; pues no obstante las analogías que puedan existir entre las construciones de los indios, por ejemplo, y las de algunos pueblos del Oriente, ó entre la pintura cultivada después de hecha la conquista y la propiamente española, ello es que las primeras ofrecen rasgos típicos inconfundibles, y que la pintura al domiciliarse entre nosotros, adquirió caracteres y variantes que en vano se buscarán en autores españoles. Por tanto, sería lo mismo que truncar la historia de las nobles artes el desdeñar y omitir el estudio de los palacios de Mitla, de las pinturas de los Juárez ó de las estatuas de Tolsa.

II

Encuéntranse diseminadas por no pocas partes de nuestro territorio, de Norte á Sur, importantes ruinas de construcciones que pertenecieron á los aborígenes de carácter vario, desde aquellas que revelan más rudimentales conocimientos en la construcción, como las de la antigua Chicomostoc ó la Quemada, hasta las de más primorosa ejecución del Palenque y Kabáh, existentes en Chiapas y Yucatán, pasando por las de Papantla y Xochicalco, Zempoala y Oaxaca, Uxmal y Chichén-Itzá—por no citar sino las más notables—tampoco exentas de esmero y hermosura.

Sorprenden su número y la variedad de sus formas, y más que todo, ver que esos edificios fueron levantados por pueblos cuya historia nos es casi desconocida, y que los de más renombre y más sabidos hechos, como los aztecas y tarascos, ó no dejaron monumentos arquitectónicos ó éstos fueron de menor importancia que los de otras tribus. ¿Sería esto, por ventura, efecto de que las dotes para la guerra y la dominación no siempre coinciden con la aptitud para las creaciones artísticas, ó bien aconteceria que siendo dichos pueblos los más aguerridos y de mayor consideración en ellos tuvieron que reconcentrarse las guerras y la devastación del conquistador, destruyéndose al propio